

**MARISA ALEJANDRA MUÑOZ,  
MACEDONIO FERNÁNDEZ. FILÓSOFO.  
EL SUJETO, LA EXPERIENCIA Y EL AMOR,  
BUENOS AIRES, CORREGIDOR, 2013**

Por Pablo Guadarrama González

Existen muchas formas de estudiar y valorar la vida filosófica latinoamericana. Algunos investigadores se han limitado, desde una perspectiva eurocéntrica, a tratar de determinar la recepción de las ideas de autores europeos por parte de pensadores latinoamericanos al, erróneamente, subestimar la capacidad intelectual auténtica de estos últimos. Este no es el caso de la rigurosa investigación desarrollada por Marisa Alejandra Muñoz en su libro *Macedonio Fernández. Filósofo. El sujeto, la experiencia y el amor*.

Desde un inicio la autora se planteó, y de hecho lo logró, substraerse de «los conceptos de “influencia” o de “recepción” para trabajar las ideas filosóficas» (Muñoz, 2013, p. 22), consciente de la pretensión ideológica que subyace tras esa concepción que intenta presentar a los filósofos latinoamericanos como simples reproductores de los europeos o norteamericanos.

Esta es una forma muy sutil de plantear que los latinoamericanos no son capaces de pensar con cabeza propia y que han actuado careciendo de una fundamentación legítima de su acción, como si tal actuación fuese posible alguna vez, pues, por mucho que nutra el hombre su intelecto con las doctrinas de otros pensadores, necesariamente esas ideas atravesarán el prisma de su conciencia individual y colectiva emanada del medio que las conforman y sustentada por infinitos elementos exógenos y endógenos, de ahí que al concordar su praxis con los principios que sostiene su concepción del mundo, debe ser tomada como válida y por tanto auténtica (Guadarrama, 2012, p. 98).



El libro demuestra de manera fehaciente que Macedonio Fernández fue un filósofo original y auténtico —«un intelectual crítico y descentrado respecto de las nuevas formas institucionales» (Muñoz, 2013, p. 51)—, independientemente de que haya dialogado con múltiples pensadores de la Antigüedad o la Modernidad, planteándose algunos problemas que ellos se formularon y otros nuevos que no fueron objeto de sus análisis. Ante todo, pensó con una perspectiva propia de quien se cuestiona con crítica su tiempo, por lo que «no estuvo por fuera del clima de ideas de la época» (Muñoz, 2013, p. 171) y sus circunstancias con el objeto no simplemente de interpretarlas, sino también de transformarlas.

Confieso que de la obra de este filósofo argentino solo tenía apenas la referencia del nombre. La obra de Muñoz me ha posibilitado justipreciarlo mucho mejor, en especial por su intención de rescatar el pensamiento metafísico en cuanto a sus posibilidades epistémicas, en particular cuando se articula con el arte y la literatura.

En ocasiones, los investigadores de la vida filosófica latinoamericana caemos en la trampa que nos tienden algunas clasificaciones, periodizaciones, etc., elaboradas con anterioridad por otros estudiosos que nos conducen a subestimar los aportes de algunos genuinos pensadores, como es el caso de Fernández, de los cuales también deberíamos enorgullecernos al pertenecer a lo mejor de la herencia filosófica latinoamericana, con independencia de su mayor o menor trascendencia o reconocimiento.

Tal es el caso de la archiconocida clasificación de normalidad filosófica establecida por Francisco Romero, en la que excluye a Macedonio Fernández (Muñoz, 2013, p. 50), que de seguirla implicaría dejar de tomar en consideración los aportes de tantos pensadores anteriores a dicha generación, por lo que se haría interminable mencionarlos a todos. Pero al mismo tiempo tales criterios implican dejar de otorgarle un adecuado lugar a filósofos no tan reconocidos, pero que han dejado una huella significativa en otros intelectuales, como es el caso de Fernández en Borges (Muñoz, 2013, p. 119), aun cuando no haya sido su original intención.

Parece que a Fernández le interesaba más contribuir a esclarecer ancestrales problemas, y otros de más reciente preocupación, sobre la condición humana que figurar en las enciclopedias.

Cuando José María Vargas Vila se cuestionaba por qué José Martí había dejado las comodidades de Nueva York para irse a las calurosas selvas de la Sierra Maestra, Enrique José Varona, que lo reemplazaría en el periódico *Patria*, respondería que había tomado



esa decisión porque sabía que había un pueblo entero esperando por él para luchar por la independencia de Cuba. Agregó que Martí era como el Pico Turquino, la montaña más alta de aquella cordillera, pero los picos no nacen de sabanas, sino de otros picos tan altos como él, al referirse a Máximo Gómez, Antonio Maceo, Calixto García, entre otros prestigiosos generales. Algo similar se podría pensar en el caso de Fernández, quien en la época en que trascienden Korn, Ingenieros, entre otros, sin duda, fue otro de esos picos en las frondosas cúspides de la vida filosófica latinoamericana en el tránsito del siglo XIX al XX.

El hecho de haber sido Fernández un crítico de la corriente predominante en esa época en el ámbito intelectual latinoamericano: el positivismo, no por simples posturas esnobistas, sino por percatarse de que esa corriente impedía lograr una comprensión holista, integral y compleja del ser humano, obliga no solo a que se le deba incluir dignamente en aquella generación latinoamericana antipositivista (Guadarrama, 2001; Guadarrama, 2004), sino a que se reconsidere su significación para la vida filosófica latinoamericana, como lo logra Muñoz en su libro.

La autora presenta un riguroso análisis del filósofo argentino, en correspondencia con la valiosa herencia metodológica de la Escuela Mendocina de Estudios sobre Historia de las Ideas Filosóficas Latinoamericana, liderada por Arturo Andrés Roig, quien nos enseñó a no tratar de reducir a un pensador a una corriente filosófica descontaminada de otras influencias (Muñoz, 2013, p. 171).

Siempre resulta un tanto difícil encasillar la especificidad de pensadores auténticos, pues estos se resisten a las clasificaciones, lo cual no debe significar que puedan evadirse de la denominación de sus posturas epistemológicas, axiológicas, entre otras; una denominación en la que, sobre todo, puedan hacer de sí mismos, ya que como sostenía Lenin, a los filósofos no se les debe clasificar por las etiquetas que ostentan, sino por los problemas que se plantean y como los resuelven.

En el libro se demuestra en qué forma Fernández se propuso enjuiciar de manera crítica algunos criterios en boga en su época sobre la experiencia como camino hacia el conocimiento, que resultaban comúnmente aceptados no solo por la filosofía predominante en esa época, sino encumbrados por esa especie de religión moderna, según Popper, como era considerada la ciencia.

Algo que destaca la autora es el optimismo epistemológico de Fernández que, por una parte, lo hace confluír con Ingenieros en rechazar el agnosticismo spenceriano (Muñoz, 2013, p. 38), y por otra, lo



orienta hacia un distanciamiento de cualquier tipo de dualismo como la relación objeto-sujeto, materia-espíritu, de ahí que lo considere como un propugnador de «una filosofía de la presencia» (Muñoz, 2013, p. 39).

En esa labor retoma planteamientos sobre las potencialidades de la subjetividad humana elaborados por Platón y de los místicos (Muñoz, 2013, pp.191-200), del mismo modo que reelaborados por el empirismo inglés en Berkeley, Hume, etc., el voluntarismo de Schopenhauer o el pragmatismo de James, sin reducir su postura a ninguno de ellos, pues en verdad, según la autora, su perspectiva propia podría ser considerada la de «un filósofo de la presencia» (Muñoz, 2013, p. 39).

Por otra parte, el libro demuestra la evolución tanto intelectual como ideológica del pensador argentino en la que se evidencia una mayor preocupación por las demandas de carácter social en su época juvenil, como se observa en su crítica a la nueva esclavitud a la que es sometido el proletariado moderno (Muñoz, 2013, p. 165), la discriminación de la mujer (Muñoz, 2013, p. 166), al propugnar «una filosofía práctica» (Muñoz, 2013, p. 155) que lo llevaría a intentos, en 1897, de fundar una colonia utópica en Paraguay. Un relativo distanciamiento de esas posiciones radicales de crítica social sería atemperado a través de la literatura en orgánico vínculo con sus preocupaciones filosóficas, que en sus años de mayor maduración se aproximaría cada vez más a una mejor comprensión de la condición humana, al justipreciar el lugar en ella del amor y la pasión, como formas también si no de apropiación, por lo menos de metafísico «acercamiento entre Pasión y Ser» (Muñoz, 2013, p. 255).

La analítica caracterización que Muñoz realiza de las dieciocho tesis de las propuestas metafísicas de Fernández permite concluir que su postura antipositivista lo condujo a una negación absoluta de la causalidad<sup>1</sup> y un subjetivismo extremo, dada su hiperbolización del psiquismo<sup>2</sup>, que paradójicamente no lo llevó a desembocar en el agnosticismo, pero sin duda estuvo muy cerca de él.

Tales criterios le otorgan la suficiente autoridad para plantear que «Macedonio, indudablemente, es un filósofo de la subjetividad (no del subjetivismo), o es el filósofo de la subjetividad en Argentina. En tal sentido Macedonio Fernández se articularía a toda una corriente

<sup>1</sup> «Un anticausalismo absoluto y un subjetivismo radical quiebran todo sustento del mundo en el que creemos posible anticipar conductas futuras» (Muñoz, 2013, p. 244).

<sup>2</sup> «Es decir (para nosotros) todo es psíquico, lo que no es psíquico no podemos concebirlo» (Muñoz, 2013, p. 239).



de pensamiento “vanguardista”» (Muñoz, 2013, p. 122), no solo en lo que respecta al arte y la literatura, que iría tomando cada vez más fuerza en Latinoamérica desde inicios del siglo XX, no solo como reacción frente al positivismo, sino ante toda forma de materialismo, incluyendo las interpretaciones soviéticas del marxismo, aunque no sea objeto especial de análisis en este libro, así como toda postura que intentase ontologizar la materia.

Su intento de rescate de la modernidad no solo parecía reivindicar algunos de los aires del romanticismo, el espiritualismo y el krausismo (Muñoz, 2013, p. 149) imbuido del criterio de que el ser humano no puede ser ni sumergido en un baño de ácido sulfúrico –como, según Sartre, había hecho el materialismo dialéctico–, ni mucho menos considerarlo simplemente como una especie de chimpancé algo más refinado –como el evolucionismo y el positivismo decimonónico en ocasiones consideraron–, razones suficientes para que Fernández tratara de «desheredarse» (Muñoz, 2013, p. 127) de esas corrientes.

Para comprender al ser humano en su integridad, tal vez este filósofo argentino podría haber coincidido, sin haberlo conocido, con el cubano José de la Luz y Caballero, que había sostenido: «Todos los sistemas, ningún sistema. He ahí mi sistema». Macedonio un siglo después, rebelándose a todo encasillamiento académico, pudo haber dicho o por lo menos pensado: todas las filosofías, ninguna filosofía. He ahí mi filosofía, o quizás al elaborar una «antifilosofía»<sup>3</sup>, como sostiene la autora de esta valiosa colaboración en la recuperación de nuestra herencia filosófica.

## Referencias

- Guadarrama, P. (2001). *Antipositivismo en América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional Abierta y a Distancia.
- Guadarrama, P. (coord.) (2003). *Proyecto internacional de investigación. «El pensamiento latinoamericano del siglo XX ante la condición humana»*. Recuperado de [www.ensayistas.org/critica/generales/C-H](http://www.ensayistas.org/critica/generales/C-H).

<sup>3</sup> «No es nada nuevo que con los términos de “filosofía” y “filósofos” no siempre se entienda lo mismo. La filosofía, en algunos casos, se ha identificado con un “sistema” o con “intuiciones originarias”, o con “problemas”, o con “programas”, o con “temperamentos”. En fin, no interesa buscar un sustrato, en cierto modo estable del quehacer filosófico, sino también ver sus fugas, sus descentramientos, una filosofía que lo sea en función de la vida o una antifilosofía, si solo se define a la filosofía desde la intuición académica» (Muñoz, 2013, p. 61).



- Guadarrama, P. (2004). *Positivismo y antipositivismo en América Latina*. (Prólogo de Isabel Monal). La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
- Guadarrama, P. (2012). *Pensamiento Filosófico Latinoamericano. Humanismo, método e historia*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Muñoz, M. A. (2013). *Macedonio Fernández. Filósofo. El sujeto, la experiencia y el amor*. Buenos Aires: Corregidor.